

LA CAIDA DE LOS IDOLOS

Por CRISTIAN GARAY (*)

EL «BUEN SALVAJE»

Ultimamente, cierta historiografía ha recogido «la visión de los vencidos» como un modo de explicar los traumas y desamores del mundo hispanoamericano (1). Para ella, la invasión española habría supuesto un trastorno dramático en el horizonte indígena, que habría sufrido un colapso, casi diríamos psicótico, frente a la imposición europea y su fuerza mediante los españoles. Reivindicando ese mundo, sus defensores arguyen que sería más humano que el del porvenir. El mundo nativo, subyacente, estaría frustrado en sus posibilidades por la civilización hispanoamericana, y para corregir esa sustancial tara sólo quedaría la restauración del mundo indígena con sus semillas de bondad.

Por fortuna, no cesan las buenas obras que corrigen lo infundado de estas perspectivas. Entre las de reciente aparición, por ejemplo: Raimundo del Roncal, *Del ayer al hoy en España y América* (Speiro, Madrid, 1985); el reeditado libro del P. Gabriel Guarda, O.S.B., *Los laicos en la Cristianización de América* (Eds. Universidad Católica de Chile, Santiago, 1987), o el último de Jean Dumont, *La hora de Dios en el Nuevo Mundo* (Eds. Encuentro, Madrid, 1994).

Es que en verdad la visión adánica del indio, como un ser puro y virginal, cuya vida iba a ser tronchada, excede los límites de la realidad. Esta tesis, tan tranquilamente repetida y expuesta por algunos, no es otra cosa que una nueva versión del arma propagandística de la Filosofía Ilustrada de los siglos XVII y XVIII, que intentaba justificar la tesis del contrato social y del individualismo. Paralelamente, aparecen otros tópicos: la inocencia personal y la fraternidad so-

(*) Universidad de Santiago de Chile.

(1) Entre ellos, N. Watchel: *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista (1530-1570)*, Alianza Editorial, Madrid, 1976; E. Guillén: *Versión inca de la conquista*, Lima, 1974; y J. Oliva de Coll: *La resistencia indígena ante la conquista*, México, 1974.

cial. Denis Diderot intentó sugerir que en esa sociedad las guerras serían algo infrecuente. Montaigne, por su parte, en *Los caníbales*, quiso atenuar todo juicio moral sobre este aspecto y alentar a su comprensión en el contexto de otra cultura y de la antropofagia ritual (2).

Todo ello tenía por objeto ilustrar a la imaginación de los lectores para que ellos viesen que en el mundo americano existían la inocencia, la amistad, la delicadeza, en un estado puro, no corrompido por las costumbres, la civilización, la religión o las leyes. En esa situación, tan virginal, no existiría el pecado. En ese entorno incontaminado, existían, también, agregaban, corazones que no necesitaban de la Gracia ni de los sacramentos cristianos porque habían nacido libres e inocentes, carantes de toda atadura. Estos seres, entonces, no necesitaban de la civilización ni del apostolado y, por el contrario, debían ser modelos para una Europa decadente.

La tesis adánica fue reiterada numerosas veces. De ese modo, merced a sus postulados, la desnudez y la pobreza serían trocadas en inocencia, y el vestido se convertiría en un diabólico instrumento del cinismo. El pudor, por su parte, no sería más que la expresión degenerada de la malicia: una falsa virtud, una virtud civilizada; una virtud cristiana, en fin. Ese estado maravilloso de desnudez o de inocencia —los escritores comentaban, encantados, cómo el oro era cambiado por vidrios de colores— era la antítesis del mundo que era corrompido por las artes, la civilización y la religión. En su *Discurso sobre el origen de la desigualdad de los hombres*, J. J. Rousseau destaca la ausencia de rangos, de desigualdades, de propiedad. Y, por ende, la ausencia de diferencias sociales, de la avaricia y del robo.

Esta tesis, engendradora desde y para el campo político, y con innegables pretensiones propagandísticas en la lucha de las potencias protestantes (Inglaterra y Holanda) contra España (3), ha sido repuesta modernamente en el cultivo de la disciplina histórica. Se pretende mostrar al mundo americano como un mundo feliz, paradisíaco, homogéneo. Los avances astronómicos de los mayas o la centralización política del mundo incaico (a menudo identificado con el socialismo) parecen satisfacer sus expectativas, si bien el mundo maya se había disuelto aun antes de la Conquista y el incaico enfrentaba la peor crisis desde su fundación. Frente a la crueldad innata se pretende maravillarse ante el «dinamismo» de las civilizaciones autóctonas o su gran astronomía.

(2) Por su parte, Las Casas, un buen exponente de la Leyenda Negra, no tiene inconveniente en justificar los sacrificios humanos mostrándolos como un desprendimiento ejemplar, de elevado sentido. Una descripción somera de estas tesis, en J. S. da Silva Dias: *Influencia de los descubrimientos en la vida cultural del siglo XVI*, FCE, México, [1973] 1983, págs. 212-217, y en Antonello Gerbi: *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, FCE, México, [1955] 1982, págs. 740-743.

(3) Está acreditado el papel de la difusión de esta visión en el origen de la Leyenda Negra, y la presentación del conquistador como «corruptor» del mundo americano. Ver, por ejemplo, Julián Juderías: *La Leyenda Negra*, Editora Nacional, [1914] 1954, y Philip W. Powell: *Arbol de odio*, Eds. Iris de Paz, Madrid, 1991, entre muchos.

Pero ¿existía ese mundo feliz? ¿Era siquiera un mundo homogéneo, en bloque martirizado por los invasores? Lejos de esto, América estaba fracturada política, cultural y lingüísticamente en toda su extensión. Diversas idolatrías se disputaban ferozmente el dominio, representando cada cual a una etnia distinta. Había un nivel dispar entre la existencia de los aztecas, mayas o incas con la de guaraníes o caribes y de éstos, a su vez, con mapuches (araucanos) y charrúas. Sus modestos avances científicos o tecnológicos eran parte de un mundo que se derrumbaba anímicamente, puesto que en el impulso vital de estas manifestaciones se encontraba el aliento mortecino de los ídolos, que exigen su creciente cuota de sangre y hacían de la vida una existencia autodestructiva. El guerrero azteca, cuya misión era llevar víctimas al sacrificio, terminaba de común en el altar para el mismo destino.

EL DERRUMBE DEL MUNDO PAGANO

Apenas en sesenta y ocho años, lapso que media entre el arribo de Colón al Caribe, en 1492, y el fin de las grandes expediciones de conquista, en 1560, todo el centro, sur y parte significativa del norte, hasta Nuevo México, Florida, California, Texas, habían sido incorporados a la Corona de Castilla. Pocos imperios se habían constituido con tan sorprendente facilidad, pero muchísimos menos todavía habían sobrevivido a tan sorprendente crecimiento. Basta pensar que los imperios de Alejandro Magno y Carlomagno se derrumbaron a sus muertes, en uno totalmente y en otro parcialmente. Mientras franceses e ingleses construyeron los suyos en el curso de siglos, y sólo como enclaves, el Imperio español fundó una nueva cultura, una nueva sociedad, llevando lo mejor y lo peor de sí más allá del Océano Atlántico, es decir, llevándose todo entero para constituir otra sociedad.

Hoy sabemos que ese proceso fue fruto de la disciplina espiritual y militar que imbuía a la Península, y también de la vanguardia intelectual, comercial y científica que entonces caracterizaba a la Península. Lo peculiar, lo maravilloso, de la expansión española es su capacidad creativa e integradora: con razón ha dicho Osvaldo Lira, SS.CC., que el Imperio español comparte este sitio sólo con el Imperio Romano (4), pues ambos generaron, con el mismo impulso vital, nuevos iguales en los límites del imperio. Obispos, gobernadores, militares, nacieron de uno y otro lado del mar para compartir sus responsabilidades. Rasgo que se explica porque Roma y Castilla tuvieron cada uno un brazo del Imperio (Occidente para Roma y América para España) que fueron moldeados particularmente por su cultura y mentalidad. Para gloria de España, la superioridad

(4) Ver Osvaldo Lira, SS.CC.: *Hispanidad y Mestizaje y otros ensayos*, Editorial Covadonga, Santiago, [1945] 1985, págs. 61 y ss.

del Cristianismo le permitió tratar de un modo distinto el factor de la sangre, del mestizaje, frente a la evidencia de la existencia de otras almas llamadas también a la vocación de la Vida Sobrenatural.

Ningún otro Imperio se planteó tan radicalmente el problema de la persona humana, porque ningún otro poseía una conciencia tan acabada de la inmortalidad del alma y del llamado universal de la Redención de Cristo. Si el Imperio Romano debatió, por decenios, la cuestión de la ciudadanía, porque su impronta no discurría por la veta religiosa sino jurídica y cultural, Castilla, en cambio —a pesar de los excesos de los conquistadores—, resaltó, desde el punto de vista teológico, la unidad de la especie humana y la proyectó en el plano político, con plena conciencia de los deberes y jerarquías. Por ello no tuvo reparos a la mezcla racial, ni tampoco a la fusión de costumbres, siempre y cuando se percibiese el papel rector de la religión y la lengua en la incorporación del Nuevo Mundo a la Civilización Cristiano-Occidental.

Otra cosa sería si la conquista y colonización se redujera al simple transporte migratorio de unos millones de personas que, por su volumen demográfico, han trastornado totalmente el panorama inicial. Los españoles en Indias, como los portugueses, siempre fueron minoría, pero no una minoría segregada, sino los padres de una nueva sociedad. Con ello, ésta no surgía por simple agregación numérica, sino como una síntesis cultural de también peculiares características (5).

Sorprende, pues, la conversión del mundo americano al Cristianismo. Primero lentamente, pero luego aceleradamente, con devociones y dogmas firmemente adheridos en los corazones de los fieles. Hay dos aspectos de cómo considerar la rapidez de este tránsito. Primero, la conquista material: en cortos años, los españoles conocen los límites del Continente de norte a sur, de este a oeste. Los nombres más notorios son Colón, Magallanes, Solís y Núñez de Balboa. Pero también se ha explorado Norteamérica (Florida en 1512, Ponce de León; luego Diego de Soto, 1539-42), el Caribe con el propio Colón, en 1502; México con Cortés, 1519, y Chile (1535-37, 1540) por Almagro y Valdivia. Desde Cuba, Hernán Cortés inicia la conquista de México, arribando en principio a Yucatán, donde funda Veracruz. En 1521 somete Tenochtitlán. Francisco Pizarro, por su parte, inicia su aventura en 1531 y, ya apenas tres años después, ha vencido al Inca y tomado Cuzco (1533). Orellana cruza el continente sudamericano navegando su interior desde el río Marañón (Perú) al Amazonas (Bra-

(5) Conviene precisar que el mestizaje es de naturaleza material, pues se adapta el conquistador al medio. Si bien se mezcló el elemento racial, en el plano espiritual hubo una decidida preeminencia de los valores hispánicos y católicos; de ese modo la religiosidad hispanoamericana no resulta una mezcla de creencias católicas y paganas (aun en las deformaciones del Catolicismo), sino Catolicismo. La fusión es una fusión material pero no anímica, dada la superioridad del elemento cristiano sobre el nativo. Ver Osvaldo Lira, S.S.CC.: *Hispanidad y Mestizaje*, págs. 40 y ss.

sil), emulando el descubrimiento del Océano Pacífico por el Istmo de Panamá de Vasco Núñez de Balboa, en 1513. En 1515, Juan Díaz de Solís explora las costas uruguaya y argentina. Chile es descubierto por Diego de Almagro y, luego, conquistado por Pedro de Valdivia, aunque enfrentó una prolongada resistencia.

La otra parte es la «conquista espiritual» —como la llama, refiriéndose al Paraguay, el Padre Antonio Ruiz de Montoya, S.J.— de las Indias. Ella se acelera con la aparición de la Virgen de Guadalupe al indio Juan Diego: las conversiones, hasta entonces lentas, se vuelven numerosas y duraderas. También se ensaya la persuasión, la política de las misiones y la evangelización pacífica. En un siglo ya empieza a poblarse el Continente con mártires, y luego de santos y beatos. La historia eclesiástica de América es también la historia de su salvación y de su integración a la Iglesia universal.

LA CRISIS EXISTENCIAL DE LA IDOLATRIA

Hacia 1492, la población americana vivía aterrada por los augurios y signos visibles. En todas partes de América, la siembra de las religiones precolombinas eran el desconcierto y el pesar: un ambiente pesimista invadía a los indígenas. La sensación de fin de mundo se acrecentaba con interminables sacrificios, las guerras y las cargas a los pueblos vencidos. En México, al comienzo de su reinado, Moctezuma ataca a los tlaxtaltecas y, en Perú, los incas someten cruelmente a los huancas.

Es el fruto de la idea de que el mundo se va a acabar y que los dioses necesitan alimento lo que inspira las «Guerras Floridas», realizadas con el solo fin de buscar víctimas para los sacrificios. Los aztecas se consideraban el «Pueblo del Sol», cuya misión era la de hacer la guerra cósmica para entregar al astro su alimentación (*tlaxaltilizti*). «Así, el bienestar y la supervivencia misma del universo dependían de las ofrendas de sangre y de corazones al sol, los aztecas extendían esto a todas las divinidades de su panteón, por ello el sacrificio humano llegó a ser el elemento más importante del ritual» (6).

«Es imposible —prosigue el mismo especialista— comprender nada de la religión de los antiguos mexicanos si no se tiene en cuenta que... los sacrificios humanos eran indispensables para la buena marcha del universo. El sol necesita alimentación, y este sustento es el *chachihuatl*, “el agua preciosa”, es decir, la sangre humana» (7).

(6) Jacques Soustelle: *El Universo de los aztecas*, FCE, México, [1979] 1983, pág. 55. A pesar de esta información, este autor protesta contra la caricaturización demoníaca que hace Paul Claudel de la religión azteca (págs. 7-10); también precisa más adelante que la religión azteca era pesimista, pero esto no impedía el «maravilloso dinamismo de la civilización azteca» (pág. 57).

(7) Jacques Soustelle: *El Universo de los aztecas*, pág. 109.

Para realizar los sacrificios se estipulaban acuerdos específicos entre los mexicas (aztecas) y los pueblos vecinos con tal de obtener mutuamente prisioneros. Había un circuito de ciudades que pactaban estas guerras: por ejemplo, Tlaxcala, Huejotzingo, Cholula, Tiliuhquitepec, Atlixco, Tecoac y la propia Tenochtitlán. Dentro de ciertos plazos y extensión, se prohibía a las huestes apropiarse de territorios. Todo ello para facilitar el flujo continuo de víctimas para los holocaustos. De hecho, el Imperio, notoriamente belicoso, excluía de su dominio territorios cercanos con el único propósito de mantenerlos como reservas para los sacrificios y la esclavitud. Fray Diego de Durán recordaba el hecho afirmando que

«no querían [dominar], por dos razones que daban los reyes de México: la primera y principal era decir que querían aquella gente para comida sabrosa y caliente de los dioses, cuya carne les era dulcísima y delicada, y la segunda para ejercitar sus valerosos hombres» (8).

La misma fuente recordaba el consejo del sacerdote Tlacaelel al Emperador Moctezuma para no someter a aquellas ciudades:

«porque están cerca, aquí junto, que no habrán ido nuestras gentes, cuando luego vuelvan con la presa. Los cuales vendrán calientes, hirvientes, y tenerlo han nuestros soldados en lugar de como quien se va a holgar o a caza. Y ha de ser esta guerra de tal suerte que no pretendamos destruirlos, sino que siempre se estén de pie, para cada y cuando queramos y nuestro dios quiera comer y holgarse, acudamos allí, como quien va al mercado a marcar de comer» (9).

Las inmolaciones pesaban sobre los extranjeros o los inferiores, lo que prolongaba el costo de la dominación. En todo caso, el sacrificio humano y la antropofagia tenían carta de ciudadanía en casi todo el Continente. Cada derrota ante otros pueblos también implicaba la transformación de los vencidos en alimento para sus congéneres. El Padre Nicolás del Techo, describiendo las costumbres de los guaraníes, hacía mención de las guerras que sostenían con otras etnias a las que llamaban, significativamente, «esclavas suyas»: «Engordan cuidadosamente a los prisioneros de guerra para luego devorarlos y, en tales banquetes, a fin de conmemorar sus hechos belicosos, toman un nombre nuevo» (10). Entre los aztecas, la carne sobrante del sacrificio era entregada a

(8) Padre Diego Durán: *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, Ed. Porrúa, México, [1581] 1957, vol. I, pág. iii.

(9) Padre Diego Durán: *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, vol. II, pág. xxviii.

(10) «Al cautivo que cogen lo engordan y lo matan con solemnidad, dándole un golpe con un palo.» «Se reparten los pedazos del cuerpo y, tomando un bocado, toma cada cual su nombre.» Nicolás del Techo: *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús* [1673].

los guerreros que habían llevado a los cautivos, para deleite propio y de sus familias. Toda América, lejos de ser el Continente idealizado por los ilustrados, estaba por completo sustraída a la ley natural.

El efecto de estas prácticas no fue otro que un profundo pesimismo y un sentimiento de culpabilidad frente a la supuesta inminente ira de los ídolos. Ello se acrecienta con las noticias de los españoles. Cuando en 1509 un cometa iluminó la noche, el Emperador Moctezuma interrogó a los sacerdotes sobre el desastre que auguraba; como no hubiese respuesta adecuada, arrojó a los mismos a una celda, donde murieron de hambre (11). Moctezuma consideró el hecho preludio de su desdicha y de la del imperio, según lo relata Fray Bernardo de Sahagún en su *Historia General de las Cosas de Nueva España*.

El Emperador azteca estaba aterrado con lo que consideraba presagios del fin: cometas misteriosos, incendios de templos, visiones y señales misteriosas del mundo físico. Todo le parecían mensajes de los dioses. Llegó a tal grado su agobio que decidió solicitar al ídolo de la muerte que lo arrebatara para no contemplar el desastre. Los sacerdotes del templo le comunicaron —gentilmente— que no sospechaba los tormentos de esa situación. Fue en ese panorama cuando, primero los comerciantes esclavistas —ojos y oídos del Emperador— y luego sus altos funcionarios, le informaron del arribo de «montañas sobre el mar» en Yucatán. Sus ocupantes —«hombres barbados»— provocaron su ansiedad y la de sus súbditos, que veían en ellos el castigo y el fin de una era.

En principio, Moctezuma trató de impedir la propagación de las noticias, pero las noticias no hicieron sino agolparse sobre su puerta. La inminencia de los hechos acentuó su temor. Sus largas barbas, sus cañones y animales (galgos y caballos), su parecido a los dioses de las profecías, no hicieron sino aumentar su pavor. Cuando sus mensajeros volvieron con los regalos y presentes de Cortés, Moctezuma cayó en depresión, pues estaba «lleno de terror, de miedo; cavilaba qué iba a acontecer con la ciudad. Y todo el mundo estaba muy temeroso. Había gran espanto y había terror. Se discutían las cosas, se hablaba de lo sucedido» (12). Cuando se produjo el encuentro Cortés y Moctezuma, el segundo le trató de «señor nuestro» y como el dios de los oráculos: «Llega a la tierra: ven y descansa; toma posesión de tus casas reales; da refrigerio a tu cuerpo. ¡Llegad a vuestra tierra, señores nuestros!» (13).

Pero el temor de los aztecas aumentaba no sólo por esta visión, sino también por el hecho de que los pueblos sometidos se alzaban a cada paso buscando la colaboración de los españoles. Sus rivales locales proporcionaron valiosos apoyos a los conquistadores, precipitando el fin. Cuando durante el asedio de Te-

(11) Por su parte Atahualpa enojado con un sacerdote que profetizó su muerte violenta llegó hasta el templo y le partió la cabeza para desmentir el anuncio.

(12) *Códice Florentino*, Libro XII, Cap. IX.

(13) *Códice Florentino*, Libro XII, Cap. XVI.

nochtitlán los aztecas sacrificaron los prisioneros, vieron en esta acción un símbolo triunfal tan efímero como espantoso de sus ídolos sobre el Cristianismo.

No distinto era el caso del Perú. Al instante previo de la llegada de los españoles estaba dominado por la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa, dos hermanos pero de distinto linaje. Ejemplo de la ferocidad de los incidentes fue el hecho de que en la ceremonia de ratificación como Inca a Huáscar, dándole la borla de mando del Sumo Sacerdote del Sol, la inasistencia de Atahualpa le dio el pretexto para asesinar a sus enviados —que venían con presentes— y confeccionar, con sus restos, tambores. Sencillamente inspirado por la idea de una supuesta conspiración en su contra (14). La lucha era tan violenta y reciente que, cuando los españoles llegaron a Tumbes, encontraron todavía seiscientos prisioneros, esperando su sentencia.

La violencia queda ilustrada con la victoria que los capitanes de Atahualpa obtuvieron en Mullihambato, cerca de un río, sobre los partidarios de Huáscar. «Atoc [capitán de Huáscar] cayó prisionero y fue víctima del ensañamiento de Chalcochima [jefe de las tropas de Atahualpa], que, según unas versiones, de su cráneo confeccionó un vaso engastado en oro para beber chicha. Otros cronistas dicen que el castigo consistió en arrancarle los ojos y dejarlo solo en el campo. Sarmiento de Gamboa afirma que de la piel de los cuerpos de Atoc y Hango, segundo general del mismo ejército, hicieron tambores» (15).

LOS INDIOS VENCIDOS POR SI MISMOS

La aparición de los hombres barbados provocó la sublevación de los sometidos. En todas partes, el fenómeno fue el mismo: es el origen de los «indios amigos» que, en número diez, veinte veces superiores a los conquistadores, les auxiliaban en las batallas. Esa es la causa natural de que apenas unas decenas de españoles pudieran enfrentar y vencer a miles de indios. Por más valor y tecnología de que dispusiesen, sin su concurso era imposible obtener la victoria. Estos «indios amigos» participaron eficazmente en las diversas campañas, proporcionando, además, informes y vituallas a cada paso. Los indios auxiliares figuran a cada paso de las crónicas: en Perú son, por ejemplo, los chachapuyas, los cañares y, especialmente, los huancas. Las razones políticas debían ser muy impor-

(14) María Rostworowski de Díez Canseco: *Historia del Tahuantinsuyu*, IEP, Lima, 1988, pág. 157; sobre las tropelías de los atahualpistas, ver Waldemar Espinosa Soriano: *Los incas. Economía, sociedad y estado en la era del Tahuantinsuyo*, Amaru, Lima, 1987, pág. 109: se llegó a quemar la momia de Tupac Yupanqui, quien era abuelo de ambos pero que pertenecía al linaje de Huáscar. Las esposas, hijos y sirvientes fueron asesinados y descuartizados en presencia de Huáscar, los personajes que le apoyaron fueron colgados y desviscerados en el camino a Cuzco, etc.

(15) María Rostworowski de Díez Canseco: *Historia del Tahuantinsuyu*, IEP, Lima, 1988, pág. 161.

tantes, pues en principio estos indios auxiliares mantienen sus creencias y prácticas. Sólo más tarde se impone la conversión.

Los huancas, cuya ayuda fue decisiva a Pizarro, ofrecían, bastante tiempo después de la victoria de aquél, sacrificios a su ídolo —Huallallo Carguancho—, sacrificios de perros y niños. Los caciques, que invocan sus méritos en la Conquista, no mencionan la adopción de la fe católica, que sí, en cambio, mencionan los tlaxtaltecas. Pero, ya fuese por la espada o por la cruz, los indios empiezan a convertirse y sus costumbres se modifican.

El motivo de su apoyo militar era precisamente la respuesta al sistema de represalias y de dominación. Un experto en el período inca explicó la desarticulación del Imperio, una vez preso Atahualpa, debido a la sublevación general de las etnias sometidas. Ella se tradujo en el apoyo a los españoles. Los deseos de independencia se tradujeron en ayuda directa por medio de los curacas: cargadores, víveres, llamas y soldados.

«Pizarro, gran político y diplomático, supo aprovechar los sentimientos de independencia que prevalecían entre los señores étnicos para lograr su colaboración. Los hispanos, lejos de estar solos en un país hostil, contaron desde el principio con la ayuda de los indígenas...» (16).

Por su parte, refiriéndose a México, Acosta escribía en 1590:

«Fue... gran providencia del Señor, que cuando fueron los primeros españoles, hallaron ayuda en los mismos indios, por haber parcialidades y grandes divisiones... La ayuda de los de la provincia de Tlaxcala, por la perpetua enemistad que tenían los mexicanos, dio al marqués don Hernando Cortés, y a los suyos, la victoria y señorío de México, y sin ellos fuera imposible ganarla ni aun sustentarse en la tierra» (17).

Esto puede ilustrarse profusamente. Waldemar Espinosa Soriano, un estudioso peruano, publicó en 1973 un libro clásico, denominado *La destrucción del Imperio de los Incas* (18), que resuelve algunas de estas incógnitas. Parte de su tesis de grado en 1955, bajo la dirección del profesor Raúl Porras Barrenechea, con el primitivo título de *Los auxiliares indígenas de Cajamarca en la Conquista española*. Espinosa identificó la decisiva colaboración huanca como un factor gravitante de la derrota inca. Aquélla, por lo demás, se tuvo por motivo de honor y se premió por las autoridades españolas con la prohibición de encomiendas en territorio huanca. Los curacas Felipe Guacrapáucar y Francisco Cusicha-

(16) María Rostworowski de Díez Canseco: *Historia del Tahuantinsuyu*, pág. 178.

(17) José de Acosta: *Historia Natural y Moral de las Indias*, BAE, Madrid, [1590] 1964, Tomo LXXVII, Libro VII.

(18) Waldemar Espinosa Soriano: *La destrucción del Imperio de los Incas*, Amaru Editores, Lima, [1973] 1990.

ca elevaron largos informes a la Corona mostrando la cuantía de sus servicios, la que finalmente fue reconocida y simbolizada en un escudo heráldico al primero de éstos.

El pueblo huanca sufría la dominación inca en la segunda mitad del siglo XIV por Túpac Yupanqui. Sus dioses fueron sustituidos, y su capital, Siquillapucara, destruida. La población, a su vez, fue expulsada, redistribuida, diezmada y sometida. Los huancas, como muchos otros pueblos, aportaron hombres, recursos e información.

Ciento sesenta españoles y sesenta caballos no podrían doblegar el incanato sin profundas disensiones entre sus adversarios. Por su parte, los indígenas nunca presentaron el carácter de un bloque o la homogeneidad que hoy les suponen. Además, por costumbre, el nativo tenía una naturaleza pasiva, dada la centralización de los imperios y reinos y la existencia de castas sacerdotales omnipotentes. La experiencia del sometimiento por el terror iba a volverse, tarde o temprano, contra sus transitorios dominadores, y así fue. Cuando esa autoridad desapareció, se disolvió como por encanto el lazo de obediencia y se traspasó, de modo más bien libre, al sometimiento español.

Los huancas toman desde un principio partido por los españoles. Por ello, tras la muerte de Atahualpa, la resistencia imperial elige como objeto de su venganza a este pueblo. El ejército quiteño de Chalcochimac, el temible comandante de la guerra civil, que sigue combatiendo, libraré una sanguinaria campaña que se decidiría recién en las batallas de Huaripampa y Huayucachi, en 1533. Todavía siete años después continuaban las incursiones de Manco Inca —o sus generales—, que fueron aliviadas por la contraofensiva huanca-chanca en Páucarcampa, Mayamarca y Andahuailas (1540).

El Imperio Azteca sufre semejante mal: cuando —como hemos dicho— Cortés entra en Yucatán y va avanzando sobre Tenochtitlán toma contacto primero con totonacas pero, sobre todo, con los tlaxtaltecas. Doña Marina, mujer entregada por los habitantes de Tabasco a Cortés, ahondaría con habilidad los resentimientos contra la capital. Era la señal de la autodestrucción de un mundo cuyo sometimiento resultaba de suyo intolerable.

UNA NUEVA RELIGION, UNA NUEVA ESPERANZA

La derrota militar de los imperios precolombinos supuso otra liberación: la del espíritu. En efecto, la introducción de la fe tuvo una extraordinaria receptividad. En un período muy escaso se levantaron iglesias, escuelas, universidades. Se imprimieron libros, se difundió la cultura.

El nuevo horizonte que se presentó cambió notoriamente los modelos existentes. El cultivo de la esperanza, el anhelo de la redención, dieron otro sentido a la vida. Se acabaron los pavores inspirados en ciclos que se suponían irreversi-

bles. Se restauró en la existencia cotidiana la alegría, y se abrió paso el sentido de la individualidad, constreñida por la necesidad física de satisfacer las necesidades de alimentación y sobrevivencia (19).

El más grande servicio de la conquista española fue precisamente haber introducido la esperanza y el sentimiento creador. Y esto no es por acaso. El mundo americano, como masa o material que se ofrecía a la acción formativa española, actuaba como límite o contención más que como impulso, precisamente porque sus soportes vitales eran pasivos. Como sostiene el Padre Osvaldo Lira, la masa indígena y sus culturas se ofrecían del mismo modo que el mármol al escultor. «En ese caso, lo único de que puede mostrarse capaz el mármol se reduce no a imponerle rumbos al cincel, sino simplemente a imponerle ciertas y determinadas condiciones de trabajo; su influjo no es de tipo positivo como el del motor, sino tan sólo de tipo negativo como el de la resistencia pasiva» (20).

En la América Precolombina, rara vez el hombre actuó como señor de la Creación. En consecuencia, estaba aplastado por la inminencia de las fuerzas naturales, a las que, privado de la Gracia Sobrenatural, tenía que adorar. Así se explica el culto al Sol, a los animales, a los astros.

Consecuencia de este pavor frente a los elementos naturales era su pasividad anímica y su impulso autodestructivo y autocompasivo. Cuando llegaron los españoles, con ellos vino no sólo la conciencia dominadora sobre los elementos, sino y principalmente la convicción de que el mundo estaba malherido, que era necesaria la Gracia para restaurar el orden moral y que, hecha esa conciliación con Dios, se podría rescatar todo el cúmulo de posibilidades que latía.

Por ello, a la nueva América se trae la esperanza de la fe; de la capacidad del hombre; de la trascendencia del alma frente a los ciclos vegetativos. Ya no basta la obediencia, hay que afinar la inteligencia y el raciocinio. Los imperios azteca e inca eran grandes, no eran —siguiendo a Aristóteles— imperios *políticos*, sino imperios *despóticos*. Su fuerza cohesiva radicaba no en la adhesión consciente a la autoridad, sino en el pavor a sus dominadores. Una vez que el terror se extinguió, también feneció de un golpe su fuerza cohesiva, y los imperios se derrumbaron sin remedio.

La fusión alimentó un mundo nuevo, un mundo cuya forma sustancial era la cultura española, nutrida en el Cristianismo. Merced a esto, desde La Florida y Texas hasta Argentina y Chile, se desarrolla una misma cultura, con todas las

(19) J. Soustelle reconoce que la religiosidad azteca no daba sino un papel ínfimo para la individualidad; su destino —acota— «estaba sometido al todopoderoso *tonalpohualli* (ciclo del calendario). Su vida en el otro mundo no dependía en nada de consideraciones morales. Su deber consistía en combatir y morir por los dioses y por la conservación del orden del mundo». *El universo de los aztecas*, pág. 56.

(20) «El límite viene de fuera; el impulso viene de dentro. El que limita deja cierto número de posibilidades más o menos amplio; el que impulsa, en el orden y medida mismos en que impulsa, señala —más aún, impone— cierta dirección determinada y única, con exclusión de todas las demás.» Osvaldo Lira, SS.CC.: *Hispanidad y Mestizaje*, pág. 41.

variantes que permiten los elementos, gentes y paisajes de un Continente. No es un mundo nuevo a medio camino entre el paganismo y el Catolicismo, sino un mundo sustancialmente católico, aun en sus excesos o distorsiones. Con ese espíritu se levantan universidades y colegios, mientras que surgen un folclore y un arte que incorporan, como su alma, los elementos cristianos.

En escasos años este impulso civilizador, que enaltece la vida, ha hecho germinar ciudades por toda la geografía del Continente. En 1493 se funda Ciudad Isabela, en las ruinas del fuerte Navidad, en el Caribe. En 1565, Pedro Menéndez funda San Agustín, la ciudad más antigua de los Estados Unidos. Francisco Pizarro funda Lima en 1535. Pedro de Mendoza, la de Buenos Aires. Pedro de Valdivia, la de Santiago de Chile, en 1541. Otro tanto ocurre con los centros de estudios superiores. En 1538 se crea la Universidad de Santo Domingo; en 1551, la de Lima (San Marcos); en 1553, la de Ciudad de México; en 1592, la de San Antonio Abad, en Cuzco. Se introduce la imprenta, se confeccionan catastros de las lenguas existentes y diccionarios y gramáticas con los cuales los misioneros pueden emprender el apostolado. Las conversiones aumentan en número e intensidad, dando origen a la institución de los «indios doctrineros», que enseñan las Buenas Nuevas a sus paisanos; ya en 1514, en Cuba, existían indios que estaban predicando. La obra de la Orden Jesuita levanta las misiones del Paraguay, con un pueblo, el guaraní, que salta de la subsistencia recolectora y cazadora a una nueva vida.

La maravilla de América es contada en toda su extensión por los cronistas y descubridores. Sobre todo en la admiración por su vastedad y belleza. Ahí están las descripciones asombradas del río Amazonas o las cartas —plenas de entusiasmo— del conquistador Valdivia. Este último habla de la tierra como la mejor del mundo, pero también dura y fatigosa. Pero no como el viajero, sino como el hombre compenetrado de su voluntad de fundar y crear. La fusión de la masa indígena con el espíritu cristiano da lugar a nombres como los del Inca Garcilaso, los de Guamán Poma de Ayala; los nombres de cientos de héroes, mártires y sabios que no sienten al Continente como algo extraño, sino como una tierra por conquistar e incorporar como propia.

Es esta voluntad la que anima la síntesis. No sólo la síntesis racial, que es síntesis material, pasiva frente a esa otra síntesis u ordenación: la producida por la religión, la lengua y la cultura e instituciones traídas desde España. A sus pies, los de conquistadores, autoridades y sacerdotes, estaban los medios y circunstancias materiales que se ofrecían como instrumento para la Evangelización y Civilización del Nuevo Mundo.